

que emitieron Joaquín Dicenta, Linares Rivas y Pérez de Ayala—; premio nacional de Literatura en 1924, otorgado a su novela «Dolor de juventud» (por dictamen de Julio Casares, Pérez de Ayala, Díaz Canedo, Enrique de Mesa y Azorín); conseqüidor de otros varios segundos y terceros premios y autor de más obras en prensa, como «Aventura de dos autores en busca de asunto», etc.—en la siguiente bella página, decimos, relata la entrega propia que, de sí, hizo Vercingetórix, jefe caudillo de los galos, a su rival y vencedor Julio César, célebre general romano, vencedor también de Pompeyo en Farsalia (Grecia) y de los tres hijos y partidarios de éste en Munda (antigua capital romana de España, junto a Málaga).—Leed el relato del suceso, acaecido 52 años antes de J. C.

El fin de Vercingetórix

(Una página del libro «Capacidad de sufrimiento en los espíritus superiores», próximo a publicarse.)

Vercingetórix se vistió sus mejores galas militares, sus armas relucientes, y montó en su caballo atalajado como para una gran fiesta: sus generales le miraban en silencio, un silencio pleno de egoísmo, de ansia de salvación. Vercingetórix salió de la ciudad y tomó por una vereda hacia el llano, donde César tenía su tienda. Al bajar, el caballo tomó carrera y los romanos vieron llegar a galope, estupefactos. El propio César, sorprendido de tanta osadía, palideció. Vercingetórix dió dos o tres vueltas en torno al sitio donde César estaba. Era como una gran reverencia, homenaje rendido al hombre que había sabido vencerle. Había en este rasgo del héroe galo mucho de admiración hacia el caudillo de Roma. Detuvo al fin, y delante del proconsul, enmudecidos todos, arrojó al suelo su azagaya y su espada. Apeóse luego y dió el caballo a un soldado. Sin hablar palabra, mirando siempre a César con sereno

respeto, se le acercó, arrodillóse y presentó las manos, tendidas hacia él, a la manera como ocos-tumbraban a implorar a los dioses. Todos, maravillados, enternecidos, compadecían a Vercingetórix y miraban a César con ojos de súplica.

Roberto Molina.

Fábulas de «Corazón»

El jilguero y el ruiseñor.

A los niños de mi querida Almansa.

Sobre las frondosas ramas de un álamo corpulento vinieron hacer sus nidos un ruiseñor y un jilguero.

Como artistas del *bell canto*, grandes amigos se hicieron, prodigándose corteses, con sus trinos, sus efectos.

Cantaban a todas horas; cualquier motivo era bueno para entonar una copla lanzando dulces arpeggios al sol, porque era brillante; al bosque, porque era fresco; a las flores, por bonitas; por azul, al firmamento... Y así, cantando en sus coplas serenatas y conciertos, los dos superar querían, con su voz, al compañero, modulando con más arte notas, escalas y arpeggios...

Los *vecinos* escuchaban la música *piquiabiertos* y formaron dos partidos de admiradores y adeptos, uno de *ruiseñoristas* y otro de *jilgueruleros*...

Y, desde aquel mismo punto, los que tan amigos fueron, hinchados hasta las plumas de vanidad, los muy necios, comenzaron a mirarse mutuamente con desprecio, calumniándose uno al otro filigranas y gorgeos...

El ruiseñor se reía cuando cantaba el jilguero, y éste, cuando el otro abría el pico, armaba jaleo...

Hasta que, un buen día de junio

—día de agradable recuerdo— un colorín avisgado, harto ya de cabildeos, de *fermatas* insidiosas, de gritos y desconciertos, les lanzó al rostro estas coplas, por mitad burla y consejo:

«No vale enorgullecerse de los regalos de Dios, porque un leve catarrillo termina con un cantor...»

«La envidia es un gran pecado; también los es la vanidad: cada pájaro a sus trinos y deje al otro cantar...»

«Jilgueros y ruiseñores presumen de buena voz, sin pensar que, cuando cantan, sólo cumplen su misión...»

Melchor García Lopera.
23-3-930.

Quiere el autor de esta fábula —iniciadora de una «Sección» en el periódico— que los lectores y lectorcitos, derivan de ella, de la fábula, consecuencias y maralejas. Nos está vedado, pues, el interrogatorio, el que solemos poner a determinados trabajos; pero le queda «el campo abierto» al comentador.

¿Quién es el querido redactor de «Corazón» y por ende compañero y Maestro Nacional en Almansa?

Andaluz de pura cepa, granadino, poeta triunfador en varias gestas —el pasado verano en los «Juegos Florales» de Hellín, donde obtuvo la «Copa natural», quinientas pesetas y el regodeo de hallarse unas horas entre bellas, bellísimas señoritas, verdaderos querubines, debiendo ser esto último lo primero—. Como poeta es alto, elevado, al estilo del Muñacá y La Venera, los picachos que abrigan su Granada querida.

Es orador y escritor.

Martínez de la Rosa y Cristino Meritos, sus paisanos, y Pedro Antonio de Alarcón, su comprovinciano, sembraron uficiones y aciertos en la capacidad de este noble amigo.

RECORDANDO

Tengo delante el primer número de esta 2.^a época de «Corazón», revivido, como nueva ave fénix, de sus cenizas de hace 10 años, pero animado por un mismo deseo, cordial y magnífico; el de ser un periódico para los niños.